





17+1



Antonio Mendiivil

17+1



Primera edición: noviembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Mendívil

ISBN: 978-84-17548-54-4

ISBN digital: 978-84-17548-55-1

Depósito legal: M-34113-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*En memoria de los «17 + 1» inocentes
que fueron fusilados en el pueblo alavés de Elosu
el veintiuno de octubre de 1936
como consecuencia del circo de héroes y villanos
que es una guerra civil.*



Pero después de la fría noche siempre sale el sol
KHALIL GIBRAN



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO 1 ALPHA ET OMEGA.....	17
CAPÍTULO 2 DE NIHILO NIHIL	53
CAPÍTULO 3 LATET ANGUIS IN HERBA.....	93
CAPÍTULO 4 BELLAQUE MATRIBUS DETESTATA.....	133
CAPÍTULO 5 DIES IRAE.....	165
CAPÍTULO 6 VELIS NOLIS	205
CAPÍTULO 7 QUI SEMINAT INIQUITATEM, METET MALA	221



PRÓLOGO

En una sociedad consumista como la actual, en la que prima el tanto gastas, por lo tanto, tanto vales, no nos debe extrañar que disciplinas como la Filosofía o la Historia hayan sido desterradas del currículo docente en la escuela.

Un ciudadano adocenado por los medios de comunicación o redes sociales es mucho más manejable y dúctil que uno autónomo con su propio criterio formado. El poder de todo tipo anhela la mansedumbre y complacencia de la masa. ¿Le extraña a alguien que, por ejemplo, la Filosofía haya dejado de ser evaluada en la Selectividad? Pues parece, que más bien no. Para nuestros queridos políticos un individuo con conocimiento y con su propio criterio formado se convierte en un ente peligroso y conflictivo, ¡vaya usted a comparar con una masa bien enseñada a seguir al rebaño sin preguntar por qué o cuándo!

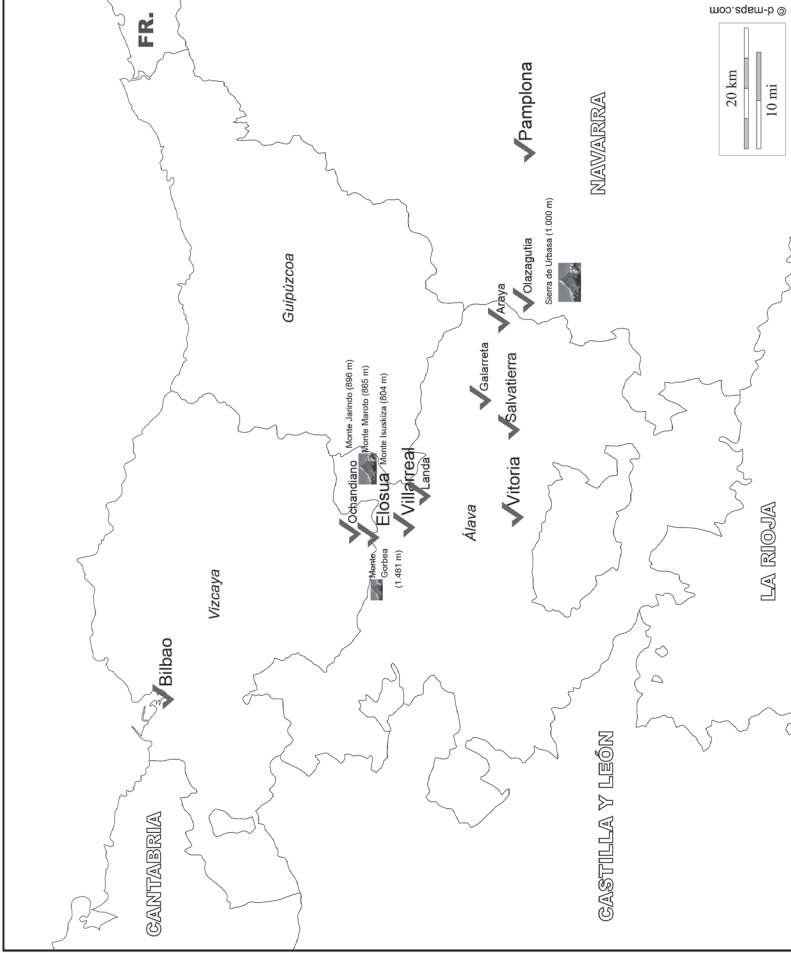
Si esta situación es peligrosa y dañina para la Filosofía, lo es todavía peor para la Historia. La frase lapidaria grabada en Auschwitz de nuestro paisano Ruiz de Santayana: «Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo», no deja de ser una gran verdad. Mientras la masa sigue preocupada por los goles de Messi, los planes de vacaciones o los días que faltan para las rebajas de verano, un reducido grupo de tipos raros observan con preocupación cómo la Historia y la intrahistoria de sucesos dramáticos, y todavía no tan lejanos, es tergiversada o escondida.

No es tanto entrar en qué ideas eran más loables o quién tenía razón. Es entrar en el conocimiento de lo qué y cómo pasó. Si

esto es así para cualquier época, lo es más en una guerra civil entre hermanos. Guerra civil entre españoles y guerra civil también entre vascos. Contemos o no con los navarros, el País Vasco quedó también resquebrajado por su mitad entre los dos bandos. ¿De qué nos sirve falsear la Historia y considerar a unos como tropas invasoras? Sin contar Álava, en el que fue evidente, Tercios como el de la virgen de Begoña, Ortiz de Zárate o La Antigua en Vizcaya lo atestiguan. Nos guste o no, es imprescindible conocer la Historia real, no la que nos interese o la que nos hubiera gustado que hubiera sido.

La retirada de algunos ayuntamientos de monumentos, como por ejemplo a la batalla de Villarreal, refleja eso, el vano deseo de olvidar lo que pasó o cambiar la Historia. Esto es especialmente injusto con los verdaderos protagonistas de la intrahistoria, héroes y villanos de ambos bandos con sus sufrimientos y miedos, y que se enfrentaron en aquella cruel batalla.

Por último, me gustaría acordarme de los tres motores que me impulsaron a escribir esta novela. Primero mi padre, conocedor como pocos de la Historia de la Guerra Civil en el País Vasco, al que seguro que desde el cielo le habrá hecho ilusión ver que por fin, sus cuentos que yo tomaba como de abuelo cebolleta, no quedaron en el olvido. También a mi abuelo Miguel, protagonista en parte de la novela, sí, era ese maestro de Araya que aprendió inglés con el Quijote y salvó el pellejo casi de milagro, al conseguir escapar cuando fueron unos carlistas a buscarlo a su casa para fusilarlo. Y, por último, a mi maestro de los Marias de Vitoria, don Julián Ayala, profesor de Literatura, que nos enseñó a amar aquel libro azul de la editorial Anaya y escrito por Lázaro Carreter. Por cierto, nunca conocí a nadie con mejor letra. ¿Por qué ya no hay libros de texto tan buenos?, ¿será que no interesa? Chi lo sa.





CAPÍTULO 1

ALPHA ET OMEGA

Principio y fin

Nunca había visto Pepe, el verdugo, un gañote así. El *Buey* hacía honor a su nombre y prometía desafiar al frío acero del garrote. La faena de hoy pintaba dura, pero pan blanco y una garrafa de aceite aguardaban al ramplón sobre de principio de mes. Un amargo silencio de solemnidad y resignado deber flotaba en el ambiente.

A petición del Buey, se eliminó toda la retahíla de lecturas de leyezuelas y sentencias aplicadas, una crispada firma del reo ahogada en garrafón lo exigía. Los presentes conocían el caso y él lo aceptaba, solo que él querría haber sido fusilado con honra y no agarrotado como los villanos, pero era lo que tocaba. La brutalidad y el odio habían marcado su destino.

—¡Ya sabéis, ni curas ni hostias! —espetó el Buey.

Unos segundos de duda se apoderaron del ambiente y el capellán retrocedió unos pasos.

—¡Verdugo, proceda! —replicó ofendido el director del penal.

Después de veinte minutos de viaje a los infiernos, el frío garrote ganó el pulso al torneado cuello del reo. La suerte estaba echada. Tras certificar su muerte, los presentes desfilaron hacia sus quehaceres cotidianos. El silencio se oía en el ambiente, tan solo perturbado por el cierre de los portones y cerrojos, acompasados

por los pasos que se difuminaban en el tiempo y en el espacio. Unos breves minutos en labores de mantenimiento y Pepe cruzó el umbral del infierno de camino al pasillo de salida.

—Buenos días, Pepe —se oyó desde dentro de la garita—. ¿Sin novedad?

Pero la mente de Pepe viajaba abducida por otros lares y no se percató del saludo.

—Esto no es como despeluchar pichones; no me hago —musitó con cara de asqueo mirando al suelo al salir de la cárcel.

Ahora sí que se hacía imprescindible para Pepe la copita de sol y sombra de casi todas las mañanas. Y después, a hacer tiempo por la parte vieja y volver entonado a casa con Maritxu y sus dos chiquitos tras una fructífera jornada de venta de libros a domicilio. Era una fría mañana más en la Prisión Provincial de Ondarreta, esta vez, del octubre glorioso en el San Sebastián del treinta y nueve.

Por la tarde a unas decenas de kilómetros de allí, la vida proseguía. En el Gobierno Militar de Vitoria, un suboficial subía las escaleras con parsimonia y ya con un mohín de entre cabreo y recelo en el rostro. Al llegar al segundo piso, su respiración empezó a agitarse y se detuvo en el rellano a tomar aliento, la mano derecha asida al pasamanos. Bullía por su cabeza un *collage* fotográfico de sus últimos tres años. Era la enésima vez que lo llamaba el coronel Carasa a su despacho para caprichos de todo tipo que su cabeza ya barruntaba, ¿para eso se había jugado el pellejo a bayoneta calada?, ¿y las noches al raso en las trincheras empapado hasta los tuétanos?

En el pasillo, una luz tenue no hacía justicia con los señoriales escalones de madera, ya desgastados en los bordes, por tantos años de idas y venidas. En el rellano, las puertas de los dos pisos permanecían encaradas, como observándose, con sus desorbitadas mirillas de bronce. En una de ellas, la que el sargento Mendoza tenía junto a sí, una placa blanca desportillada decía: *Coronel Carasa*. En el hueco de la escalera, se confundían las voces de la tropa, mientras arriba, en los despachos nobles, se oía el parte de Radio Nacional. No era muy difícil adivinar que el edificio había sido una

comunidad de vecinos hasta tiempos recientes; de hecho, había sido requisado a un rojo «peligroso» hacía pocos meses.

Entró el sargento Mendoza en el despacho dominado por una victoriosa foto del Generalísimo y el mismo aire de provisionalidad que caracterizaba al resto del edificio. Al fondo, una robusta mesa de madera armada con un teléfono negro y una vieja máquina de escribir. Una botella de coñac, que iba mediada, los observaba esquiya detrás de un fajo de papeles.

—¿Se puede? —preguntó Mendoza entornando la puerta.

—Adelante, Mendoza, pase —se oyó desde el interior del despacho.

—A sus órdenes, mi coronel.

El oficial Carasa se pasó la mano por la calva y se ajustó el puente de las gafas sobre la nariz. Con la mano izquierda, hurgó en el bolsillo de su impecable guerrera hasta que logró extraer una carta doblada.

—Buenas tardes, sargento. Los gobiernos civiles siempre dando el coñazo, cuando entran en juego los políticos, ya sabe, dese por jodido... —musitó cansino con lenguaje castrense mientras miraba de reojo a Mendoza—. Vamos a ver..., le cuento. Parece que un alcalde, que será de barrio supongo, está reclamando que manden a alguien desde Vitoria para desenterrar a diecisiete fusilados que están en una cuneta y darles sepultura en el cementerio del pueblo —ambas miradas se cruzaron en ese instante con mutuo aire de resignación.

Tras unos segundos de silencio, prosiguió el coronel.

—Bueno, como se imaginará, son de los nuestros, de eso no cabe ninguna duda; los fusilaron los rojos. Hasta ahora, no se los han podido llevar porque, como ya sabe, el frente pasaba muy cerca.

Un instante de silencio mientras el oficial se recolocaba de nuevo su gafa que andaba ya dada de sí después de tanto viaje de ida y vuelta.

—¡Uff!, estos politicones echando balones fuera. Nunca resuelven nada, solo dan trabajo —el coronel pasó a mirar el papel aver-

gonzado por tanto puro, no precisamente cubano—. Dicen que como no está claro si entre los fusilados hay militares, nos toca ir a nosotros. Y digo yo, si son del pueblo, ¿serán civiles, no? ¡Anda que no escabullen el bulto estos, vamos!

Mendoza, a estas alturas, ya estaba más pendiente del soniquete de la radio que de las palabras del coronel.

—¿Qué pueblo es, mi coronel?

—Es Elosúa. Ya sabe, ahí al lado de Villarreal.

Una luz se encendió en el rostro del sargento. Por una vez, iba a poder matar dos pájaros de un tiro. Tenía pendiente unos negocios por aquellos lares en el caserío de los Baserri y mañana se prestaba para cerrar ambos temas.

—De acuerdo, mi coronel. Llamen al alcalde y mañana lo resolvemos sin problema —contestó con gesto de conformidad.

Mendoza se conocía la zona como la palma de su mano. Sería capaz de encontrar caserío por caserío con los ojos cerrados. No en vano, formó parte de los requetés y de la milicia, y en la toma y retoma del monte Isusquiza no solo dejó amigos, también gran parte de sus valores y la confianza en la bondad del ser humano.

—¿Alguna duda, sargento? —preguntó el coronel mientras tabaleaba con los dedos el brazo plano del sillón frailerero en que se sentaba.

El sargento Mendoza sabía que el peligro de la excursioncita residía en las infames carreteras y en el parque móvil. Había socavones que se tragaban un coche sin rechistar, cual gargantúa, y tartanas que más parecían un banco de pruebas para un mecánico. Para evitar males mayores, interpeló al coronel.

—Tan solo recordarle, mi coronel, que el mes pasado se averió en mitad de la sierra de Badaya el camión de chocolates Ezquerria que nos bajaron de cocheras y tuvimos que volver a Vitoria en un carro de unos arrieros tirado por mulas... —comentó, con cara mitad de mosqueo, mitad de resignación.

—Ya, no se preocupe, Mendoza. Daré orden que le remitan desde el parque móvil uno en condiciones. Mañana, a las nueve de

la mañana, pasará a recogerle por aquí ese, el soldado que suelen mandar de Flandes en estos casos.

—De acuerdo, mi coronel.

—Por cierto, ¿cómo sigue su tío Félix? Dígale que estoy a su disposición para lo que necesite, y a ver si un día se hace caer por aquí para recordar viejos tiempos con una copita del aguardiente ese que tanto le gustaba.

Una mirada ausente se adueñó unos segundos de la cara del coronel. Félix era coronel retirado y había salvado el pellejo de milagro, pero quedó tullido de una pierna por un petardazo de los rojos mientras descansaba tranquilamente en su casa de la calle Dato de Vitoria. Un Rata en vuelo rasante, el temido Polikarpov I-16, entregó sus presentes en uno de los numerosos bombardeos a la ciudad en los primeros meses de la guerra.

—¡Hay que ver el canguelo y el relente que nos hemos chupado su tío y yo...!, porque, lo que la gente no sabe, es que en África por la noche hace un frío de cojones. ¡Pregúntele, pregúntele a su tío Félix!, ya verá como me da la razón —se hizo el silencio en el despacho durante unos segundos. Cada uno cavilaba en sus cosas.

—¡Lástima que lo que no consiguió Abd el-Krim por el Rif en varios años lo hayan conseguido los jodidos rojos en un instante de mala suerte...!

—De su parte, mi coronel. Buenas tardes —cortó Mendoza antes de que el abuelo Cebolleta empezara con el martilleo de sus archiconocidos recuerdos.

Se hicieron unos segundos de silencio y el coronel levantó la mirada.

—¡Ah, Mendoza, y ya sabe que me parece vergonzoso que no le hayan dado la medalla de la Campaña! ¿Cómo es que no se movió más? Usted sí que se la merecía, no esos trepas que aparecen ahora por ahí, poniéndose medallitas, y cuando caía un pepinazo se cagaban en los pantalones..., ¡cabronazos!

—Bueno, ya conoce lo que pasó. Andrés murió en la batalla del Ebro y no pudo declarar, luego los oficiales las querían todas para

ellos..., pegas, pegas y más pegas. Ya se sabe que en este país si no tienes padrino no te bautizas, y además, por otro lado, ¿sabe lo que le digo?, con medallas no se come.

—Ya, pero se la han robado, Mendoza.

—Déjelo, mi coronel. No tiene importancia, de verdad. A estas alturas, no me voy a pelear con todos los meritorios y tiralevitas.

Se despidió. Mendoza bajó las escaleras. Era ya hora de volver a casa y se dirigió con aire aliviado hacia la salida del Gobierno Militar.

—«No soy el que era, coño. Se notan los meses de despacho» —pensaba mientras respiraba hondo y se acariciaba la nuca.

Pero la picadura de tabaco y una incipiente curva de la felicidad, bien trabajada en los últimos meses, le estaban empezando a pasar factura. Mendoza se abrochó la gabardina, que ya hacía fresco, y tomó dirección para casa.

El otoño extendía su color de pasa por los jardines. En los últimos días del mes, el diablo frío había empezado a presentar sus credenciales. Enfrente, los castaños de indias del parque de la Florida habían reabastecido de munición al suelo cubierto de hojas, mientras los bachilleres de los colegios cercanos velaban armas aguardando a la guerra total de castañas de casi todas las tardes de octubre. Las campanas de la iglesia de San Miguel sonaban con largas vibraciones, daban las siete de la tarde y la esfera del reloj de la torre se encendió. De camino a casa, se cruzó con la fauna habitual de aquellos días a esas horas. Como por arte de aparición, surgió una riada de beatas armadas con sus bártulos dispuestas a enchiquerarse en la novena de cada día. Simultáneamente desde los miradores, damas inquisidoras de diferentes quintas y con años de entrenamiento en el oficio hacían la vivisección de la ciudad, a la vez que, en algunas tabernas, se bebía vino para olvidar el cotidiano vivir sonámbulo y pobretón. El vino peleón se encumbraba como rey Sol y en gasolina del espíritu. Mientras tanto, las demás mercaderías aguardaban desterradas en el infierno del racionamiento.

Tras el paseo, Mendoza llegó a su barrio que era terreno de bares y tascucios. Podías elegir siempre uno para un roto y otro para un descosido. Sus pinreles dudaron un instante entre el soliloquio de la Luisa de casi todos los días o un vinito en buena compañía, pero el magín estaba más por tomarse un respiro, y ya se sabe, donde manda capitán no manda marinero.

Mohammed, el tabernero, respondía al «original» mote del *Moro*. Hombre tan enjuto que casi transparentaba las paredes. Había venido con los regulares a Vitoria desde Tetuán a poner orden en la batalla de Villarreal. Eran conocidas sus dos habilidades en los dos frentes, su rapidez en pasar a cuchillo a los milicianos y sus labores de dentista con los dientes y muelas de oro de los finados. Tan repletos llevaba los bolsillos que, más de una vez, algún agujero hizo de las suyas.

Sus tácticas de guerra eran de lo más eficaces.

—*Paisa*, tirar no. Yo rojo —gritaba.

Mientras transcurrían unos instantes en los que el sorprendido miliciano discernía quién era aquella aparición, o lo que era más difícil, qué era lo que decía, el magrebi hacía trabajar a su afilada gumía.

Entre el oro, saqueos y soldadas, hizo un capitalito y puso una pica en Flandes montando un *bakalito* en la tradicional Vitoria. Nadie le rechistaba en el barrio, los críos cuando lo veían se quedaban pasmados con la boca abierta al imaginarlo en plena faena con los gaznates de los infieles y, los mayores, más bien acongojados por las influyentes amistades que frecuentaba. No había policía de la porra o secreta que le metiera mano con sus trapicheos. En su barecito siempre encontrabas, eso sí por encargo, lo más buscado por cualquier estraperlista que se precie.

Sus dos loros eran su pasión. Lucas, un psitácido que trajo como oro en paño tras su fructífera aventura por el Cinturón de Hierro, sabía bastante gramática y su programa oratorio se salía de lo normal. El loro hacía buena pareja con su dueño. Era un arribista más listo que el hambre y que compensaba las limitacio-

nes del Moro. Sus actuaciones eran todo un espectáculo digno del mejor circo.

—¡Viva Franco! —el loro se calentaba con el inicio del parte en Radio Nacional.

—¡Tus muertos! —vociferaba el psitácido cuando era el turno de las necrológicas.

Un corrillo se formaba en la puerta del barucho, en el que los más atrevidos le daban miga de pan empapada en anís al listo de Lucas, lo que además conseguía enardecer, más si cabe, su ánimo. Sin embargo, los vecinos del primero soñaban con él a la parrilla, y de este modo, conseguir matar dos pájaros de un tiro. El otro «loro» era de modelo Zenith a válvulas y lo había traído de estraperlo. A los dos mimaba y sacaba lustre el espabilado de Mohammed.

—¡Qué hay, Moha! ¡Traigo buenas noticias! —saludó Mendoza mientras empujaba la puerta del bar.

—¡Ah!, ¿sí? Ahora cuentas —contestó con su acento rifeño tan particular.

—Anda, ponme un vinito a ver si entro en calor, que empieza a hacer rasca y vengo congelado —respondió Mendoza.

Mientras Moha le preparaba el chiquito, Mendoza eligió una mesa esquinada en la que mantener una conversación más discreta. Su amistad envejece en barrica desde que coincidieron en el Hospital Militar de Vitoria, época en la que el Moro descubrió el reconfortante calorcito de los gayumbos. Tan impactante fue tal descubrimiento, que en el frente solía llevar puestos cuatro o cinco, hecho que provocaba las risas de Mendoza y de todo el batallón.

—Mira, la semana que viene llega un mercancías con harina a Miranda de Ebro. Ya he hablado con Pedro, el de la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, y un vagón va para nosotros. Tienes que ir y traer la harina a Vitoria. La guardas como siempre en el almacén de Gomecha, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó el Moro sonriente.

—Además, para mañana me han metido en un tinglado de unos fusilados en Elosúa y me pasaré por el caserío de los Baserri para

organizar el tema de la distribución y el horno. ¡Fíjate que suerte! ¡No va a ser siempre todo a contrapelo, cojones! —comentó Mendoza levantando la voz sin darse cuenta.

—Tú siempre con muertos..., ¡joder, a ver si cambias chavalas por muertos!

—¡Calla, cabrón!, aunque de todas formas, es verdad, pero no caerá esa breva, ya te lo digo —unos segundos de risas cómplices se desperdigaron por el ambiente.

—Oye, ¿y el dinero?

—Bueno, como lo tuyo es mucho más fácil, había pensado un veinte para ti y un cuarenta para mí, ¿hace?

—Conmigo no cuentas..., o todos partes iguales, o te buscas otro —el Moro adoptó un aire entre seriedad y cabreo.

—¡Qué jodido el Moro! —replicó entre risas—. Sí, sí..., ¡claro que tocamos igual, puñetero!

Vistos ya los temas trascendentes, la conversación derivó a lo intrascendente y, como fin de fiesta, acabaron todos riendo las muelas con las gansadas del Tatiano que venía a por la penúltima, como casi todas las noches. Había pasado más de dos horas hablando a lo bobo, pero de allí salió Mendoza reconfortado como un general con mando en plaza y tomó dirección hacia su casa.

En el mismo portal, se encontró con Leocadia, la vecina de abajo, y los tres candajos de sus hijas. Enseguida, reparó que le tenían preparado un discursito. Que si la ropa del tendadero, que si había goteras, que si los olores..., pero a estas alturas de la película, la *chola* había tomado las de Villadiego y pedía a gritos el fin de partido. En un último esfuerzo en el tiempo de descuento, les hizo un quiebro dialéctico en corto, que ni el mismísimo Messi, y las dejó tiradas con sus cuitas de vecindario.

—«Próximamente, el segundo asalto» —pensó el sargento.

Mendoza llegó al segundo letra B, sacó sus llaves y abrió la puerta. Justo le dio tiempo a atusarse el pelo e idear una disculpa poco convincente sobre su retraso y apareció su «dulce» esposa.

La Luisa acababa de cumplir los treinta y dos. Mujer pomposa, rubiales, dada a las novelas radiofónicas y de carácter mandón como todas las féminas de su familia, ¡pedazo de broncas con su madre, dignas de los antidisturbios más cañeros! No entendía de política y le importaba un rábano, pero era mujer de orden y desfiles, que no perdonaba el julepe con sus amigas todas las tardes.

El amor con su marido era de idas y venidas, la mitad del tiempo se querían como dos tortolitos y la otra mitad también se querían, pero ver bien lejos el uno del otro. Vivían sin apreturas en la casa de los Mendoza, la aparición del «bueno» del señor estraperlo les había arreglado la vida y el estómago. Los churumbeles se hacían de rogar, que no iba a ser todo llegar y besar el santo, pero a fe que se habían puesto a ello con ganas ya desde hacía más o menos un año.

—Buenas noches, Luisa —mientras, chirriaba el gozne de la puerta.

Un puritano beso dirigido a su mejilla con pretensiones de calmar los ánimos quedó perdido en el aire. No estaba el horno para bollos. Luisa frunció el entrecejo e hizo dura y reticente la voz.

—¿Te parece bonito a estas horas?, ¿a qué hora quieres cenar?

—Ya... —replicó perplejo como presa cazada por león.

Se hizo un tenso silencio. Ambos cónyuges se sentaron enfrentados pendientes de quién desenfundaba primero, como Gary Cooper y Frank Miller en *Solo ante el peligro*, y empezaron a cenar. Era un cocido de sapos y culebras en otro nuevo día de la marmota, así que decidió cerrar el pico. Cuando la Luisa coge una perra, lo más recomendable es una excursioncita a los cerros de Úbeda. Y con esas mismas y un rebufe del demonio, se metió en la cama. Mañana será otro día.

La jornada empezó con buen pie. Entre el sueño que casi todo lo repara y un par de arrumacos, Mendoza había reconquistado a su chica. Los dos eran aventajados adeptos de la *teoría del caos* y su casa parecía con frecuencia una leonera. Después de mucho abrir y

poco cerrar, Mendoza ya estaba listo para otro «reconfortante» día en labores de sepulturero.

El sargento nunca desayunaba en casa. Las noches de trincheras habían variado mucho los gustos del suboficial. Casi todas las mañanas, se sacaba de la manga el tascucio de Florentino, mientras daba el esquinazo a la churrería de Prudencio. No es que estuvieran malos su sucedáneo de chocolate y las porras, pero es que eso era más para chiquillos desdentados que para un militar de pelo en pecho. Aquel vagón de tercera que regentaba el Floren sí que era un barucho de 3R con reparos pero sin embargo su destilería, de primera. Florentino servía un reconfortante aguardiente madrugón. Unos lo pedían con guindas, otros con cáscara de limón, y los menos, con hierba medicinal, pero a todos les mataba el gusanillo verde que zascandileaba en el estómago. El aguardiente del Sol naciente era el primer triunfo contra el estómago estragado por malas comidas y acongojamientos varios en el frente de batalla.

Acabó el licor de un trago, como debe ser, mientras de fondo se oían las batallitas de un abuelo tarángana, y disimuladamente, tras dar cuenta del aguardiente, hizo *mutis* por el foro. Se despidió de la concurrencia y entonado se dirigió hacia el trabajo.

—Bueno, chaveas, me tengo que ir —salió Mendoza mientras chirriaba el gozne de la puerta al cerrarse.

Iniciado el camino, se cruzó con las hermanas Gordo. Penaban rapadas al cero por su «contumaz y probada» adhesión a la República, pero sus vecinas a lo único que les reconocían afiliación era al punto de cruz. Su primo sí que había sido un gerifalte de la UGT en Álava y todos apuntaban que de ahí venían estas cuitas. Su estado capilar les había convertido en aves mañaneras y así evitaban cuchicheos y dedos acusadores.

—Buenos días, señor Mendoza —dijeron las dos hermanas al unísono.

—Hola —contestó el sargento con voz tímida después de comprobar que ni a diestra ni a siniestra pasaba nadie.

Amanecía ya con más ganas, aunque la mañana todavía bostezaba de sueño. Parecía un día más de esos de octubre, en el que el cielo alborea con panza de burra y al mediodía levanta. De camino al Gobierno Militar, se topó con muchos de los personajes matutinos habituales. El caballo de la tartana del traperero, los lentos carros de la basura y también el hombre del banco de la Florida. Tenía el mendigo la compañía de un perro, un perrillo atropellado, que arrastraba una pata lastimosamente. El hombre y el perro dormían juntos bajo cartones y un fajo de periódicos. No hablaba con nadie, pero todos sabían que sus compañeros de andanzas eran el señor hambre, la tía soledad y la prima tristeza. Unos guardias civiles pasaban el tiempo hablando de sus cosas mientras saludaban a un sereno que esperaba sentado la voz que diera sentido a su trabajo y alegría a su bolsillo.

Mediado el trayecto, tropezó como todos los días con la cola de amas de casa e incondicionales de la procesión de los Ángeles que daba la vuelta a la manzana. Aguardaban la salida de los restos y los desperdicios del rancho del cuartel. Como casi siempre, allí estaba la tía Francisca, ¡esa sí que era una cocinera de postín y no los chefs ventajistas de hoy día!

—Buenos días, tía Francisca —saludó Mendoza esbozando una sonrisa.

—¡Ah!, hola, Mendoza.

—¿Qué va a salir hoy?

—No sé, no sé, pero algo se aprovechará. ¡No queda más remedio que dar trabajo a la panza si no se quiere acompañar a la pelona! —la tía subió el tono de voz mientras gesticulaba con las manos—. La gente comenta que la tropa comió ayer naranjas... —apostilló tras unos segundos de silencio Francisca.

—¡Ja, ja, ja!, ya la veo venir. Es usted una artista..., Miguel Ángel, Goya, y después, Francisquita —mientras el sargento le guiñaba un ojo.

Francisca hacía unas tortillas de patata sin patatas ni huevo, sí han leído bien, ¡sin patata ni huevo!, que además quitaban el hipo.

Pillaba la pectina blanca de las naranjas furtiva entre la cáscara y los gajos y la ponía a remojo como las patatas. Los huevos los sustituía por harina, bicarbonato, pimienta molida y vaya usted a saber qué más, para conseguir el color de la yema. No había descubierto la piedra filosofal, pero era capaz de cocinar guisos sin carne, fritos sin aceite, dulces sin azúcar y café con trigo tostado. Lo dicho, una artista, y lo mejor de todo, no estaba malo. Les ahorraré contarles lo que hacía con los gatos... En su casa, las botellas de aceite pasaban sus últimos días penando boca abajo, para que la última gota resbalara por las paredes y acompañara a sus guisos. Los pasquines de los requetés tenían también asignados sus usos, el primero, cuando te sentabas en el excusado, contribuía a tu información sobre la causa, y el segundo, y no menos importante por supuesto, colaborar a tu higiene personal.

—Sargento Mendoza —subió el tono de la voz la anciana y enlenteció el ritmo mientras cogía de la manga a su interlocutor como quien va a contar algo importante—, a mi yerno le ha caído una quincena, le pillaron con una maleta de harina en un control saliendo de la Estación del Norte, ¿podría hacer usted algo?

—Doña Francisca, son tiempos difíciles en los que todos debemos demostrar nuestro patriotismo y el amor a España —repren-
dió Mendoza con un tono de voz severo.

La tía empezaba a estar ciertamente avergonzada.

—De todas maneras, veré qué se puede hacer, aunque solo son quince días y le van a venir bien para que se conciencie de lo que necesita el país. ¡Cuando lo vea, le voy a dar una colleja! —sentenció el sargento mientras endulzaba un poco la voz.

Francisca quedó convencida de lo que pedían los nuevos tiempos en España, y el sargento, no muy orgulloso de aquel trago, pero su vena farisaica bajaba desahogada desde sus peripecias en los lodazales de los montes Isusquiza y Maroto en eso del treinta y seis.

Se despidió el sargento y prosiguió su camino. Al llegar al Gobierno Militar, divisó al soldado Tomás sentado en el asiento de

conductor de un coche aguardando su llegada. Mendoza recorrió con su mirada desde la primera bujía a la última biela del vehículo. Muchos malos tragos les había hecho pasar el parque móvil después de la guerra, ¡como para descuidarse! Pero la verdad es que aquel coche tenía buena pinta.

La pareja había *destrapado* cadáveres por todos los rincones de la provincia. Tantas horas de viaje y tantas vicisitudes que el tuteo, cuando lo permitía la situación, había desplazado a las formalidades.

—Hola. Buenos días, Tomás. ¿Qué tal todo? —saludó Mendoza con la confianza de pisar terreno conocido.

—Bien, mi sargento.

—Subo al despacho para confirmar el programa y bajo en cinco minutos, ¿de acuerdo?

—Sí, mi sargento.

Transcurridos unos instantes, bajó Mendoza y montó en el coche.

—¿Y este coche? —preguntó sorprendido el sargento.

—Viene de Burgos. Creo que fue requisado a un rojo.

—Sí, sí..., ¿no notas?, vas a pensar que estoy chiflado, pero todavía me huele a rojo —unas risas se dibujaron en la cara de ambos—. ¡Joder, que en las trincheras del Isusquiza no los podías ver, pero ese olorcillo sí que te llegaba!

Las costumbres culinarias de cada bando caracterizaban el tufillo que desprendía cada trinchera. Mientras unos se daban a la sardinilla del Cantábrico, otros se pirraban más por la picadura francesa. Hábitos que se colaban entre ropajes y enseres de guerra. Olores y recuerdos permanecían grabados a fuego entre las neuronas de los combatientes. Así que el olfato reptiliano se había desarrollado en el paleocerebro del suboficial en aquellos años de contienda.

Arrancó el *aiga* con ventaja, que era cuesta abajo. El coche cruzó las calles sin tráfico mientras las ruedas repiqueteaban al contacto del firme en mal estado.

—Si el suelo está aquí así de mal, ya verás en la carretera de Bilbao —vaticinó el sargento.